

DE LA SANTIDAD A LA COMPASIÓN VIVIR Y AMAR EN UN MUNDO AMBIGUO

Una visión renovada del Ministerio en la Iglesia Católica

Rafael Esteban , misionero de África (Padre Blanco), español, nacido en Vitoria. Ha trabajado en los años 70 en Ghana, antes de instalarse en Inglaterra por razones de salud. Después de haber dirigido un centro de información Africano en Madrid en los años 80, fue Secretario del Instituto Misionero en Londres, durante diez años. Después combina el trabajo pastoral en una parroquia de Cambridge con la enseñanza en el Instituto Misionero. Actualmente es un experto de la Teología de los Ministerios, de la Espiritualidad de los pacifistas y del Contexto socio-económico de la Misión. Es doctor en Teología por la Universidad Gregoriana y es miembro de la Red Europea de Ética en el mundo de los Negocios, con un interés particular en la ética de las organizaciones aplicada a la transformación de la Iglesia en una verdadera cultura participativa.

El Vaticano II propuso a la Iglesia, y sobre todo a los responsables del ministerio, la necesidad de reflexión y renovación. Esto nos introdujo en un proceso de “crisis” que no ha resultado fácil. Se nos ha exigido el mirar al mundo y a nuestras propias vidas con ojos nuevos. La reflexión aquí sobre los cambios necesarios en el ministerio quiere ser un reto al modelo dominante de Iglesia que prima las nociones de “salvación” y de “santidad” en la comprensión del papel de la Iglesia y del ministerio. Proponemos que lo que constituye la raíz y el centro del ministerio de la Iglesia no es la “santidad” sino la compasión.



NUESTRA EXPERIENCIA DEL MUNDO

El ministerio es simplemente un servicio que ofrecemos al mundo en que vivimos. Nuestra idea del ministerio esta pues condicionada por nuestros sentimientos y nuestra actitud hacia ese mundo. Y no hay duda de que el mundo es profundamente problemático.

Veamos algunos de los problemas:

- +Un mundo roto por el pecado y la muerte: un mundo dia-bólico.
- +Un mundo de promesas traicionadas y de relaciones fracasadas (no hay más que mirar a las



estadísticas del divorcio). En Gran Bretaña en este momento más de la mitad de los niños nacen fuera del matrimonio.

- +Un mundo donde el hermano mata al hermano.
- +Un mundo en el que los pueblos parecen incapaces de vivir juntos: racismo, tribalismo.
- +Un mundo dominado por la ambición donde el rico explota al pobre.
- +Un mundo que margina a los ancianos y abusa de las mujeres y los niños.
- +Un mundo con una cultura de muerte donde cada año una mujer de cada treinta aborta.
- +Un mundo corrompido por las drogas, el alcohol, el tráfico en vidas humanas y la explotación de la pornografía (80% del tráfico de Internet)
- +Un mundo donde 50.000 niños al día mueren de enfermedades fácilmente curables y donde el SIDA amenaza la sobrevivencia de todo un continente.
- +Un mundo en el que 200 personas controlan más recursos que los 2.500 millones de la gente más pobre (40% de la población mundial) de los que la mitad vive en absoluta pobreza.
- +Un mundo donde se está perdiendo el sentido de comunidad bajo el asalto de un individualismo feroz.
- +Un mundo destrozado por la desintegración cultural y social.
- +Un mundo arrastrado al abismo por la irracionalidad, la anarquía y el desorden.
- +Un mundo que parece estar al borde de destruirse a sí mismo por la explotación insensata de sus recursos y el poder destructivo de las guerras.

Evidentemente vivimos en un mundo enfermo. Nuestro mundo sufre de división, fragmentación y desintegración a todos los niveles:

A nivel individual

A nivel social

A nivel cósmico

EL MODELO “TRADICIONAL” DE LA IGLESIA: ENDEREZAR EL MUNDO POR MEDIO DE LA “INGENIERIA SOCIAL”

El modelo dominante en la Iglesia al tiempo del Vaticano II formaba parte de un “discurso” que presenta a la Iglesia como el instrumento de Dios para crear en el mundo una “sociedad perfecta”. La sociedad de los justos en un mundo dominado por el pecado.

LA TELA DE FONDO MÍTICA: EL PARAÍSO PERDIDO

La manera como miramos al mundo y tratamos de dar sentido a todo el mal con el que nos encontramos está profundamente condicionada por la historia de la creación tal como es presentada en nuestra tradición religiosa que forma el corazón de nuestra cultura. La historia es sencilla: Dios crea un Paraíso y ese paraíso se pierde por la desobediencia.

Los 12 primeros capítulos del Génesis describen las terribles consecuencias del pecado. El pecado de Adán genera una catarata de malicia humana con consecuencias terroríficas: sufrimiento, violencia y muerte.

Es interesante constatar la reacción de Dios a lo que está sucediendo porque parece reflejar lo que sentimos nosotros mismos a veces contemplando los horrores del mundo que nos rodea. Nuestra reacción instintiva es una reacción de rechazo. “Yave vió que la maldad del hombre en la tierra era grande y que todos sus pensamientos tendían siempre al mal. Se arrepintió, pues, de haber creado al hombre y se afligió su corazón. Dijo: ‘Borraré de la superficie de la tierra a esta humanidad que he creado, y lo mismo haré con los animales, los reptiles y las aves, pues me pesa haberlos creado’ (Gen 6,6-7). Suena muy radical, pero refleja muy bien como nos sentimos todos a veces en el mundo. Es natural sentir la necesidad de huir de este



mundo pervertido para buscar refugio en un “paraíso restaurado” en el que poder vivir en “obediencia a Dios”. Esta actitud negativa hacia el mundo, reforzada por influencias maniqueas (cf. S. Agustín) situará a la Iglesia fundamentalmente “en oposición al mundo”. Afortunadamente Dios no sucumbió al impulso de destruir la tierra. Se rascó un poco el coco, y decidió algo menos radical. Dios hace su primer ensayo de “ingeniería social” para arreglar las cosas. Elige a un “Nuevo Adán” que estará encargado de cuidarse de un mundo limpio de mal. Elige a Noé, le ordena construir un arca y mete el mundo en una “lavadora cósmica”. Lo malo es que esta solución tampoco funciona. El mundo vuelve a las andadas e incluso las cosas son todavía peores de lo que eran antes del Diluvio.

Vuelta a rascarse el coco. Parece ser que Dios empieza a tener dudas de su habilidad de arreglar el mundo. Dios decide pues que lo que tiene que hacer es ser menos ambicioso y probar la “ingeniería social” en escala más reducida. Dios va a formar un pequeño “pueblo elegido” en un mundo abandonado a la esclavitud del pecado. Dios va a usar toda su energía y mostrar su poder para asegurarse de que su pueblo será un “pueblo justo” que va seguir la “via justa” en “la tierra de Dios”.

Este concepto que se desarrolla en el Antiguo Testamento es el contexto que condicionará más tarde la autocomprensión de la Iglesia como el Nuevo “pueblo elegido”. La ideología del “pueblo elegido” constituye la visión de fondo en la que la Iglesia creció. Esta ideología ha estructurado la Iglesia, sus instituciones y su relación con el mundo y la sociedad.

EL ARCA DE SALVACIÓN: EL “DISCURSO DE JOSUÉ” Y “RELIGIONES DE SALVACIÓN”

El Libro de Josué es un hito de la civilización occidental. Es la primera definición de lo que constituye una “nación”. A primera vista, el Libro de Josué describe cómo un pueblo – elegido por Dios – es liberado de la esclavitud, conquista una tierra en la que se establece la “pureza religiosa” y la tierra viene distribuida entre las tribus que constituyen ese pueblo, con Jerusalén como su centro. Pero, a un nivel más profundo de significado, nos encontramos con un “discurso” que define las características de un “pueblo elegido”. El pueblo elegido se funda en la noción de una única correcta verdad que es la verdad de Dios vivida en un territorio que tiene que ser centralizado, dentro de límites claros con fronteras impenetrables. Nos encontramos con algo más que la historia de la conquista de Canaán. Lo que tenemos es un “discurso” que nos ofrece la pauta para “recrear el Paraíso” en la tierra en la que “fluyen la leche y la miel” y donde se restablece la relación original con Dios perdida por el pecado. Desgraciadamente la tela de fondo de este discurso es una visión negativa del mundo que fundamenta la necesidad de separarse de ese mundo. La intención que subyace es producida por una preocupación radical por “salvarse de un mundo maligno”.

Este es el modelo, con su obsesión por la “salvación”, que pasa, prácticamente sin filtro alguno, a la auto-comprensión de la Iglesia. Esta salvación solo se puede asegurar en un espacio “extraordinario” y “separado del mundo” – una “tierra prometida”, un “arca de salvación”. Aquí hay una actitud de rechazo total del “mundo”. La Iglesia y el mundo pecador tienen que estar claramente separados. Así Dios recupera el control de su “pueblo elegido” y reside en medio de él. De esta manera, Dios crea progresivamente en el mundo pecador un “espacio sagrado” en el que se puede manifestar. Este espacio “extra-ordinario” está constituido por lugares extraordinarios (iglesias consagradas) poblados por personas extra-ordinarias (santos, personas consagradas, clérigos “célibes”) donde suceden eventos extra-ordinarios (rituales sagrados y milagros). Todo esto tiene su manifestación más clara en



el “milagro” de la Eucaristía, al que solo los “justos” tienen pleno acceso. Así, somos testigos de la Victoria de Dios sobre el pecado y la muerte. Esto se consigue por la infusión de la “gracia” en el territorio ocupado por el “pueblo elegido”.

Como parte de este plan de “arreglar el mundo”, las sociedades ocupadas por la Iglesia tienen que ser reorganizadas según los planes de Dios. La voluntad de Dios tiene que estar reflejada en las leyes e instituciones de las sociedades tocadas por la Iglesia. El “territorio” que la Iglesia ocupa tiene que transformarse en una “Sociedad cristiana”. La Iglesia tiene vocación de “Cristiandad”.

Los planes de Dios por formar un “pueblo elegido” se topan de nuevo a un fracaso relativo. Tanto en Israel como en la Iglesia, muchos se salen del camino. Claramente muchos de los miembros del “pueblo elegido” no consiguen ser “santos”. Así el pueblo elegido se encuentra dividido entre los “fieles fieles” que viven en la “gracia de Dios” y los “fieles infieles” que pierden el norte y viven “en pecado”.

En este modelo, la preocupación por el orden y por el control de un “pueblo elegido”, separado, extra-ordinario y santo implica valores y actitudes completamente masculinas: orden, control, nitidez, racionalidad, unidad, autoridad y poder. La finalidad es asegurarse de que todos en la Iglesia den la prioridad a su salvación individual. Esta salvación depende del “recto pensar” (ortodoxia) – el conocimiento del verdadero camino de Dios – y del “recto hacer” (moralidad) – seguir el camino recto. El ministerio en la Iglesia tiene la responsabilidad de enseñar la verdad y defender los valores morales. La santidad y la “rectitud” de los miembros de la Iglesia solo se puede conseguir en sumisión y obediencia total a la voluntad de Dios tal como es manifestada en la enseñanza doctrinal y moral de la Iglesia. Nos tenemos que acordar que la libertad fue, según esta manera de ver las cosas, la causa del pecado y de todos los males consecuentes de la humanidad. En consecuencia, el único uso justo de la libertad es el de renunciar a la libertad misma en una obediencia total e incondicional a los “ministros” de Dios. Solo de esta manera podemos acceder a la “santidad” y con esta a la “salvación”. Esta preocupación por asegurar el “bien pensar” basado en la posesión de la verdad absoluta aboca naturalmente al “dogmatismo” y la preocupación por el “bien hacer” como condición para la salvación se traduce en farisaísmo y escrupulosidad. Combinados, dogmatismo y farisaísmo generan complejos de superioridad, intolerancia, el derecho de conquista y la supresión de todo disenso.

La restauración del orden de Dios en su pueblo elegido exige una demostración extraordinaria de poder sagrado. La “gracia” de Dios re-estructura el mundo por medio de la Encarnación y de Pentecostés y de la investidura del poder de Dios en una jerarquía sagrada que controla los “canales de la gracia” (los sacramentos). Los sacramentos son los instrumentos que Dios ha creado para establecer y mantener las fronteras del “espacio de Dios”, para distribuir poder y papeles en la Iglesia, para mantener el orden y para reparar el orden perdido. Los sacramentos constituyen así instrumentos privilegiados de ingeniería social. El poder sagrado de Dios se encuentra pues encarnado y monopolizado en una jerarquía clerical que concentra todo el poder en la Iglesia.

Instrumento privilegiado de ingeniería social y de control del comportamiento es el “sacramento de la penitencia” que necesitamos si tenemos la desgracia de “caer en el pecado”. Este sacramento es la única manera de recuperar con plenitud nuestro puesto en el pueblo elegido y de asegurarnos nuestra salvación. Visto de esta manera, el confesionario nos da a los clérigos un poder posicional tremendo para controlar el comportamiento de los “fieles” ya que en este modelo solo la confesión da acceso a la comunión y, en fin de cuentas, a la salvación eterna. Los clérigos controlamos “las llaves del Reino”.

Es un sistema perfecto. Por medio de una obediencia total a la jerarquía, la práctica de los sacramentos y una ortodoxia estricta vivimos con la seguridad de la salvación en este mundo



pérfido y pecador.

Creo firmemente que, tal como la Iglesia se ha estructurado a través de los siglos y a pesar de los esfuerzos del Vaticano II por encontrar un modelo diverso, la mayoría de la Iglesia tanto entre la Jerarquía como entre los laicos, siguen funcionando en los parámetros establecidos en el “Discurso de Josué”. Es interesante notar que los estados monárquicos y feudales se desarrollaron en la misma línea. El “discurso de Josué” ha formado la manera como definimos a un “pueblo” y, consecuentemente, la manera como hemos organizado la Iglesia como “nuevo pueblo elegido”: monárquico, jerárquico, clerical y machista.

Hay muchos que reaccionan a este tipo de reflexión acusándolo de ser una deformación simplista de la enseñanza sobre la Iglesia y el ministerio sacerdotal. Es verdad que la “teoría en uso” de la enseñanza oficial y de la teología católica tradicional tiene dificultades a reconocerse aquí. Pero estoy convencido, y es el resultado de muchos años de experiencia pastoral y de formación al ministerio, que lo que he presentado aquí es la “teoría en práctica” – la “caricatura activa” – que condiciona el pensar y el sentir de muchos católicos y que fundamenta la realidad del ejercicio del poder y del control clerical en la Iglesia.

No es difícil de entender cómo este discurso del “pueblo elegido” configure una cierta comprensión del ministerio sacerdotal. Aquí, la finalidad primordial del ministerio es asegurar la salvación después de la muerte, siendo instrumentos de “producción” de santidad en las personas bajo nuestra responsabilidad. Para conseguir esto, los “ministros” tienen que constituirse en ejemplo, en obediencia total a las reglas y a la jerarquía, llevando una vida no contaminada por el mundo impuro y pecador (este es el contexto de la insistencia en el celibato).

La autocomprensión de la Iglesia se refleja en el modelo de misión. La misión, en el contexto del “discurso de Josué” – consiste en llevar los “medios de salvación” a los que están fuera de las fronteras de la Iglesia. Esto se consigue con la implantación de las estructuras eclesiales. Así se expande el “territorio” de la Iglesia y se Cristianiza el mundo. La Iglesia en este modelo es considerada como siendo, de manera exclusiva, el “arca de salvación”. Este es el modelo de misión como “implantación”, que era el único modelo hasta el Concilio Vaticano II y que sigue siendo todavía el modelo más difundido en la mayoría de los miembros de la Iglesia..

La intención dominante de este modelo de Iglesia y de ministerio es la “transformación” de un mundo enfermo y desordenando poniendo las cosas “en su sitio” y generando “santidad”. Ante los horrores del mundo que nos rodea, consecuencia del pecado, el mensaje de este modelo es semejante al de Moisés al pueblo a las puertas de la tierra prometida: “Obedece y vivirás”. Es también el mandato: “Se santo como yo soy Santo”. Todo se dirige aquí a la consecución de la “salvación eterna” a través de la búsqueda de la “santidad” en un esfuerzo por recrear el paraíso en una sociedad “reformada” en obediencia a los mandamientos de Dios.

MINISTERIO: TRABAJAR “PARA” E “INGENIERÍA SOCIAL”

En la base de este modelo de Iglesia y ministerio, encontramos un condicionamiento cultural a una cosmología dependiente de la comprensión de la causalidad en el Aristotelianismo, sobre la que se fundamenta la física de Newton.

La física y la mecánica de Newton estuvieron en la base de la revolución científica y de la revolución industrial. Newton asume que nos encontramos ante dos estados incompatibles: control y desorden. Para que una máquina funcione necesita un control perfecto de la energía que la alimenta. Todo desorden conlleva a fallos mecánicos. A través de mecanismos de control aseguramos un desarrollo lineal y podemos predecir los resultados. La falta de control



introduce falta de linealidad , imprevisibilidad y desorden. Entre control y desorden, no hay nada: no hay un “entre dos”.

Es sorprendente constatar como el modelo de la Iglesia como “instrumento exclusivo de salvación” tiene un paralelismo casi perfecto con la manera como Newton entendió el funcionamiento de una máquina. El modelo tradicional de Iglesia asume también que hay sólo dos estados totalmente incompatibles: gracia y pecado, obediencia y desobediencia. El pecado es un desorden mortal proveniente de un uso desordenado de la libertad. La gracia, al contrario, es una energía, mediada por los sacramentos, que neutraliza el desorden del pecado haciéndonos “santos”, obedientes a la ley de Dios y sometidos a su verdad. De esta manera el desorden es eliminado y conseguimos la salvación.

A los sacerdotes se les confía el funcionamiento lineal de la cadena de transmisión de la salvación. Los sacerdotes son responsables del mantenimiento y del funcionamiento de la “máquina de salvación”. A través de la adecuada “confección” y “administración” de los sacramentos y de la enseñanza escrupulosa de la “verdad”, los sacerdotes aseguran la transmisión de la gracia y la transformación de los “elegidos” en un “pueblo santo” obediente a las leyes de Dios, mediadas por la Iglesia.

La posición de los sacerdotes en la escalera de la transmisión de la gracia de Dios al pueblo, les otorga un poder y una autoridad sobre el pueblo que están encargados de gobernar. Desde su puesto “superior” en esa escalera, trabajan PARA el pueblo y son responsables hacia sus superiores que les han investido y delegado. El ministerio esta caracterizado y condicionado por esa preposición “para” como parte de una vasta operacion de ingeniería social.

EL “PUEBLO ELEGIDO”: UNA IDEOLOGÍA PELIGROSA

Este discurso sobre un ministerio en y para un pueblo “elegido” y “santo”, separado de un mundo corrompido para asegurarse la salvación se convierte en una prisión ideológica que no permite ver su lado oscuro:

- +La necesidad de proteger a toda costa la reputación de la institución y su pretensión de santidad.
- +Ocultación de abusos: síndrome de la manzana podrida.
- +Cultura de secreto y falta de transparencia.
- +Fariseísmo: sepulcros blanqueados
- +Obsesión con el control y falta de confianza: supresión de la libertad como causa de división y de todo mal, e imposición de obediencia incondicional.
- +Intolerancia hacia la crítica interna. No hay espacio para la participación: los “fieles” se ven reducidos al estado de “niños obedientes”. Estos son todos aspectos que son reconocidos cada vez más como característicos de un liderazgo no ético.
- +Obsesión con la sexualidad y la “pureza” e inferioridad de la mujer: relaciones no funcionales, machismo y abuso.
- +Complejo de superioridad, actitud de confrontación y derecho de conquista.
- +Monopolio de poder y de derecho a gobernar en los clérigos ordenados. Esto combinado con la convicción de la “posesión de la verdad” resulta en autoritarismo dogmático.
- +Uso inflexible de poder posicional (ocultado bajo un lenguaje de “servicio”): el acceso a los sacramentos y a las posiciones de responsabilidad condicionado a la “fidelidad” y a la “obediencia”
- +La Iglesia se encierra así en un mundo en blanco y negro, en el cual, desde un baluarte “santo” se enzarza en una lucha sin cuartel con las fuerzas del mal.



LO QUE SE PIERDE EN EL DISCURSO DEL “PUEBLO ELEGIDO”

Creo que es este discurso al que he llamado “discurso de Josué”, lo que fundamenta la autocomprensión de la Iglesia como un arca exclusiva de salvación controlada jerárquicamente por una clase clerical monopolizada por hombres. Aunque puesto en causa en el Vaticano II, este discurso se ha ido reforzando de Nuevo en los últimos 25 años como discurso dominante oficial.

El problema es que este discurso pierde de vista temas importantes en el Nuevo Testamento.

+La centralidad del tema de la comensalidad de Jesús con los pecadores.

+La primacía del servicio y el reto radical a toda forma de poder implícito en la humillación (kenosis) de la cruz, simbolizada maravillosamente en el lavamiento de los pies.

+La igualdad fundamental de todos los hijos de Dios implicada en el Padre Nuestro.

+El “escándalo” de Jesús a los Fariseos y a su noción de “santidad” y pureza ritual.

+El amor incondicional de Dios al mundo

+El hecho de que permanecemos pecadores aunque seamos perdonados: Gracia y pecado no son “incompatibles”

Estos y otros temas relacionados con ellos parecen demostrar que la “política de Jesús” puso en tela de juicio radicalmente la “política de la santidad” dominante en la religión de Israel. Jesús se enfrenta a las actitudes que condujeron a la “gente religiosa” de su tiempo a una obsesión con la pureza ritual que llevó a la exclusión de los “impuros”. Es precisamente la oposición a la religión “oficial” lo que lleva a Jesús a un enfrentamiento frontal con las instituciones religiosas, que le llevará finalmente a su muerte.

LA BÚSQUEDA DE UN MODELO ALTERNATIVO DE IGLESIA Y MINISTERIO

La búsqueda de un modelo alternativo es ahora necesaria no solo porque tenemos que asimilar temas evangélicos olvidados por el modelo dominante, sino también porque ciertos presupuestos de este modelo se están derrumbando:

+La convicción de la necesidad de la Iglesia y de sus sacramentos para la salvación individual esta siendo seriamente erosionada por una increíble oleada de lo que K. Rahner llamó “optimismo salvacional”. Esto mina profundamente las bases del poder y del control clerical.

+La experiencia misionera y el auge de sociedades multi-culturales y multi-religiosas nos ha hecho descubrir la presencia del Espíritu fuera de las fronteras de la Iglesia. La Iglesia no es evidentemente el “arca exclusiva de la salvación”.

La creciente conciencia de la profundidad y extensión del sufrimiento en el mundo (Guerras Mundiales, Holocausto, genocidios, pobreza absoluta, millones de refugiados, racismo, abuso de los pobres y los pequeños, abuso y discriminación de la mujer, drogas y su industria, SIDA, machismo...) nos reta a la compasión y nos hace dudar de nuestra capacidad de “arreglar el mundo”: parece ser que el mundo es y será siempre “dia-bólico” (palabra que etimológicamente significa “roto”) y es un mundo del que no podemos escapar.

Me pregunto : ¿Podemos contemplar a Jesús y la Cruz con ojos renovados y explorar una manera diversa de vivir en Iglesia y de ejercer el ministerio? Estoy convencido de que la Cruz nos invita siempre a un viaje paradójico que cuestiona la manera de apreciar la Iglesia y el ministerio, como cuestionó las instituciones religiosas en la vida de Jesús.

DE LA “SANTIDAD” A LA “COMPASIÓN. VIVIR EN LA AMBIGÜEDAD



Y LA PARADOJA: UN DIOS QUE AMA A LOS PECADORES.

Entramos pues en una tentativa de recuperar aspectos del mensaje evangélico que se pierden en el discurso jerárquico y clerical dominante. Poco a poco he ido sospechando que hay otras maneras, distintas del discurso oficial, de mirar los mitos fundacionales de la fe cristiana y que, si lo hacemos, podemos encontrar una nueva dirección recuperando temas marginados en el discurso eclesial prevalente. Es con gran precaución que nos tenemos que aventurar en esta dirección pues tenemos que abandonar los caminos “ortodoxos” bien trillados, para entrar en una jungla “heterodoxa” llena de peligros. Pero como nos dijo un profesor cuando yo era un adolescente: los exploradores se llevan todos los arañazos, pero abren horizontes nuevos para los que vienen detrás.

LA PARADOJA DE BASE: DIOS CREA UN DESASTRE Y LO AMA

Frente a un mundo que es un desastre podemos tomar dos actitudes muy diferentes basadas en dos maneras de leer el Génesis. La que hemos analizado antes conlleva un rechazo y una huida del mundo en la búsqueda de un oasis de orden y santidad como parte de un “pueblo elegido” separado del mundo. Según esta visión, Dios creó un paraíso que se perdió por nuestra desobediencia y consecuentemente estamos abocados a esforzarnos por recrear ese paraíso a través de la sumisión y la obediencia a Dios en su “tierra prometida”. Esta es la lectura que está a la base de la preocupación con la “santidad” y la “salvación”.

Aparentemente esta es una lectura muy lógica y sin paradojas.

Creo que se puede leer el Génesis y la actitud de Dios hacia el desastre del mundo de una manera radicalmente diferente. La historia de la creación no termina con el pecado original y la pérdida del paraíso. La historia de la creación continúa a través de los 12 primeros capítulos del Génesis y nos quiere poner delante de una paradoja y de un aviso. El Génesis parte de la experiencia del mundo real y nos ofrece la paradoja de que un Dios bueno y todopoderoso ha creado de hecho un mundo imperfecto, roto y confuso, lleno de sufrimiento y de muerte. La paradoja es que Dios ha creado un mundo diabólico. El desorden, la confusión y la ambigüedad son aspectos esenciales del mundo. Y es aquí donde tenemos que escuchar el aviso implícito en esta lectura del Génesis. De lo que el Génesis nos quiere prevenir es de nunca buscar recrear un Paraíso en la tierra. El Paraíso está irremediabilmente perdido. Creer que podemos recrear en este mundo un espacio perfecto y puro donde podemos escapar a la confusión y al desorden, no es un utopía, sino una “distopía”. Esto está probado por la experiencia histórica. Las utopías, por definición, tienen que permanecer irrealizables. La pretensión de recrear el paraíso en la tierra ha tenido siempre consecuencias trágicas (el Tercer Reich, la Cambogia de Pol Pot, la experiencia comunista en la Unión Soviética, la Guerra de Irak para exportar la democracia...). Intentar realizar utopías en este mundo no produce más que “distopías”. Lo que caracteriza todos esos desastres es que son siempre llevados a cabo por un pueblo que se autodefine como un “pueblo elegido” con la misión de crear en la tierra una “sociedad perfecta” por medio de diversos métodos de “ingeniería social”.

LA ENCARNACIÓN:



ASUMIR LA AMBIGÜEDAD

El modelo de Iglesia implícito en el esfuerzo por crear un espacio “santo” con métodos de “ingeniería social”, no tiene en cuenta algo central en la relación de Dios con su mundo. La escritura parece demostrar precisamente que esos métodos no funcionan. La escritura nos cuenta que, después de intentar diversos métodos para arreglar el mundo sin éxito, Dios abandona la ingeniería social e intenta algo totalmente distinto y radical: participar en el desorden, la confusión y la ambigüedad: Dios “se hace pecado”. Dios amó tanto a su mundo en su desastre que envió a su Hijo para que se hiciera parte del mundo, como nos dice Juan. La Encarnación elimina la oposición entre el pecado y la gracia, la luz y las tinieblas, la vida y la muerte, convirtiéndolos en los dos polos de la misma realidad. Esto se consigue porque, en la Encarnación, Dios “se hace pecado” por nuestro bien. Este es el sentido de la Kenosis, la “humillación” de Dios (Fil 2,6-11), que es la prueba del amor y la aceptación de Dios de su ambigua, imperfecta y desastrosa creación. Este mundo es el verdadero “hijo pródigo” que Dios abraza y celebra.

Cuando se ven las cosas de esta manera las actitudes y acciones de Jesús en el evangelio son perfectamente lógicas: su crítica de la “justicia” de los sacerdotes, escribas y fariseos; su compartir la mesa con los pecadores; el hacerse “impuro” con los leprosos y los enfermos y, sobre todo, su desastrosa muerte en la Cruz en la que Jesús asume el desorden, el sufrimiento y la muerte del mundo.

COMPASIÓN Y RECONCILIACIÓN

La cruz es pues la prueba de que Dios no rechaza el mundo, sino que lo abraza y acepta incondicionalmente en toda su ambigüedad y desorden. Dios se hace “pecado” por nosotros. Dios ni condena, ni juzga. Dios es compasión. Sufre con los que sufren. La ambigüedad, la imperfección y el pecado del mundo se convierten en condición necesaria para que Dios pueda revelar su ser profundo como misericordioso y compasivo. La Cruz es sencillamente el símbolo del costo de la compasión. La compasión de Dios se manifiesta en su abrazo total a este mundo roto y pecador (dia-bólico) a través de la Kenosis del Hijo.

En un mundo claramente dia-bólico, la Cruz es la prueba de la inmanencia sim-bólica de Dios en el mundo. Dios reconcilia (dando un “punto de cruz”) el mundo introduciendo en los descosidos de este mundo roto bajo el dominio de la muerte, una levadura de perdón, curación y vida eterna. Es a través de la com-pasión – su “sufrir con” el mundo – como el mundo se regenera y recupera su unidad profunda. Dios no arregla el mundo desde fuera, Dios lo cura desde dentro.

LA IGLESIA: UN ESPACIO LIMINAL DE COMPASIÓN

“Como el Padre me ha enviado, así os envío yo”. El espíritu de compasión es la levadura que nos transforma en una comunidad de “pecadores perdonados” en la que nuestra realidad mortalmente diabólica se convierte en el lugar privilegiado en el que el Dios vivo y compasivo viene a nuestro encuentro invitándonos a extender su compasión al mundo entero. La gracia es la cara oculta del pecado. La muerte y la vida, el pecado y la gracia, la cruz y la resurrección no son realidades incompatibles sino que son los polos de una realidad única y van siempre juntos. A causa de la cruz, la muerte y su sombra (lo dia-bólico) – central a nuestra experiencia humana – puede ser vivida en su promesa de vida y de Victoria (lo simbólico) – central a nuestra experiencia de fe.

Lo que estamos descubriendo es que la realidad es siempre bipolar. No vivimos en un mundo



excluyente en blanco y negro. Vivimos en un mundo inclusivo que es al mismo tiempo blanco y negro. Un mundo en el que, paradójicamente, los extremos se tocan y los enemigos se abrazan. Esto nos pide una conversión radical en nuestra manera de ver el mundo y en nuestra comprensión de la Iglesia y del ministerio. La Iglesia no es un “territorio santo”, separado del mundo, sino un espacio de compasión donde personas que han experimentado la compasión de Dios en el espíritu de Jesús viven al límite de la tensión entre gracia y pecado, vida y muerte. Este es el límite donde Cristo “se hace pecado” por nuestro bien, donde el Padre abraza al hijo pródigo. Esta tensión liminal, fraguada en la compasión, tiene su expresión más radical y más clara cuando Jesús se sienta en la mesa con los pecadores... escandalizando a los “justos”.

La bipolaridad de la realidad está al centro de los descubrimientos que han hecho añicos de una vez para siempre la cosmología de Newton, en la que no había medio entre desorden y control. El DNA, que se puede considerar la “firma” de la vida, es la interacción entre dos espirales. La física cuántica nos demuestra que al nivel más básico de la realidad, la materia y la energía se confunden. La estabilidad de los planetas depende de una tensión compleja entre las fuerzas centrípeta y centrífuga.

Pero el descubrimiento más significativo ha sido el descubrimiento de la “Teoría del caos”: es el descubrimiento que, entre la perfecta linealidad del control y la radical no-linealidad del desorden, hay una frontera, un límite, “el borde del caos”, donde las energías que producen linealidad y no-linealidad se combinan produciendo procesos bi-polares a los que se ha llamado “mariposas de Lorenz” – a causa de su forma y del nombre del que las descubrió. Este descubrimiento nos ha hecho mirar al mundo de manera distinta y hemos empezado a descubrir cuanto en el mundo vive en el “borde del caos”. La vida es el resultado del juego caótico entre procesos de integración y de diferenciación. Los planetas no se mueven en órbitas fijas sino en el borde caótico entre la fuerza centripeta de la gravedad y la energía centrífuga de la velocidad. Es sólo porque el corazón late en un espacio caótico por lo que se hace extremadamente tolerante a exigencias contrapuestas que le llegan de su entorno. De hecho, cuanto más observamos, más nos damos cuenta de cuánto la “teoría del caos” nos puede hacer comprender el mundo que nos rodea y los procesos necesarios para la vida no sólo de los organismos sino también el de las sociedades y el de las organizaciones. Todas las organizaciones, y aquí tenemos que incluir a la Iglesia, para vivir y prosperar, se tienen que mover en el borde caótico entre la fidelidad a su identidad y la tolerancia necesaria para adaptarse a un medio en continuo cambio.

El modelo clerical del ministerio está basado en una desconfianza radical hacia la libertad como raíz del desorden (libertad=desobediencia=pecado) y consecuentemente en la obsesión por el control a través de la imposición de la obediencia incondicional. Aquí no hay nada entre el “estado de gracia” y el “estado de pecado”. Frente a esto, proponemos aquí la exigencia de que la Iglesia y su ministerio se traslade a un “borde caótico”, un espacio de compasión en la interacción entre gracia y pecado, donde la libertad de una humanidad herida se encuentra con el libre abrazo de un Dios herido y compasivo. La gracia y el pecado son los polos de la reconciliación en Jesús. La cruz es un acontecimiento en el límite; en el “borde caótico” entre la vida y la muerte. Así se convierte en el signo y el sacramento del espacio donde tenemos que vivir, peregrinos en tensión hacia el Reino.

En el centro de nuestra fe, hay un evento “simbólico”, la muerte vivificante de Jesús en la cruz, que debe permanecer siempre al centro de la historia de Dios que queremos hacer nuestra. Un Dios compasivo y un mundo pecador se reconcilian en aceptación mutua en un abrazo redentor en el Espíritu de Dios que no es sino la tensión creadora en el “borde caótico” de la relación entre el Padre y el Hijo. Esta dinámica, con la cruz en su centro, es la expresión de la danza de Dios: el continuo intercambio de amor entre el Padre y el Hijo. Este



movimiento está perfectamente representado por el signo del infinito en matemáticas y por la “cinta de Mobius” en el que dos lados se convierten en uno solo. Es posible que la bipolaridad que estamos descubriendo en el mundo sea una indicación de que no sólo la humanidad, sino el mundo entero ha sido creado a la imagen de Dios.

RITUAL: JUEGO SIM-BÓLICO EN UN “ESPACIO DE TRANSICIÓN”

El reto al que estamos enfrentados como comunidad de discípulos de Cristo es el de dejarnos arrastrar por el dinamismo de compasión representado por la cruz. Dios entró en nuestra historia para “recoser el mundo” con “punto de cruz”. Esto nos invita a habitar en las fracturas del mundo con la lógica de la compasión activa en la cruz. Tenemos que continuar “recosiendo” la humanidad poniendo sin cesar nuestros imperfectos “puntos de cruz”. Así respondemos a un mundo roto llevándole reconciliación y salud.

Aprendemos a convertirnos en una presencia compasiva en el borde entre la Iglesia y un mundo fracturado por medio de ritos. Los ritos constituyen formalmente “intercambios simbólicos” en “espacios de transición” donde “jugamos” representando “eventos simbólicos” al centro de nuestra fe. En los ritos, nos quitamos las sandalias y nos acercamos a la zarza ardiente para sentir el sufrimiento y la compasión de Dios por sus hijos pródigos y para ser enviados, animados por esa misma compasión, a liberar a los hijos de Dios de todos sus opresores.

Los ritos recomponen (son sim-bólicos) un mundo roto (lo día-bólico) porque se produce en ellos un fenómeno de “arrastre”(3) Por medio de los ritos se produce una progresiva sincronización de nuestros ritmos vitales y emocionales con los ritmos que pulsán en la cruz. Como la cruz reconcilia (re-cose) el mundo, a través del rito somos arrastrados a “recoser” nuestras vidas y el mundo a nuestro alrededor en imitación de la dinámica trinitaria. Los ritos producen una “convergencia” con la compasión de Dios por una “escucha profunda” de los latidos del corazón de Dios. A través de esta escucha, la comunidad creyente, parte constituyente de un mundo pecador, entra progresivamente en la danza de Dios(4) y participa en su compasión. Es a través de los ritos, como poco a poco entramos en sintonía con los “sentimientos del Señor Jesús” (Phil 2,5).

Fué un científico holandés, Christian Huyghens, el que descubrió, casi por casualidad, este fenómeno de “arrastre”. Amaba los relojes y había colocado dos relojes muy parecidos en tamaño en la misma pared. Un día observó que los dos péndulos batían perfectamente sincronizados. Fué y les cambió el ritmo. Pasado un cierto tiempo, los relojes volvían a sincronizarse. Parecía que los relojes se “escuchaban” y sentían las vibraciones del otro a través de la pared y no se estabilizaban hasta que sus vibraciones estaban en perfecta sincronía. Observaciones y estudios posteriores han demostrado la extensión y la importancia de este fenómeno. Explica, por ejemplo, cómo los estorninos pueden volar en nubes de miles de ejemplares y responder, sin colisión alguna y en perfecta sincronía, a un ataque de un ave de presa. Los delfines nadan y saltan en sincronía. Las luciérnagas en un bosque sincronizan sus lampadeos. Grupos de mujeres jóvenes trabajando en proximidad en una fábrica sincronizan sus ciclos menstruales. Esto también explica la influencia de la música en estados emocionales y síquicos. Este fenómeno está también detrás de lo que llamamos el “buen ejemplo”...

Lo que creo es que nos podemos sincronizar a la compasión que late en el corazón de Cristo, perfectamente sincronizado con el corazón de su Padre por el Espíritu que une a los dos. Es en la escucha del ritual y la oración, que nos podemos convertir en “compasivos como nuestro Padre es compasivo”. En los ritos, nos sincronizamos con los ritmos del Dios vivo, mientras sufrimos bajo la muerte, celebrando la compasión que reside en Dios, se nos revela en Cristo



Jesús y se nos comunica en el don de su Espíritu. Los ritos son así sim-bólicos y reconciliadores en un mundo roto y diabólico.

En los ritos nos adentramos en una nueva vida con un corazón nuevo: Se trata de una conversión, de un cambio de corazón:

+Por medio de la celebración (“juego”– “drama sacro”) de la vida, la reconciliación, el perdón y la curación.

·A nivel individual

·A nivel comunitario

·A nivel cósmico

+En un compromiso por la vida, la reconciliación, el perdón y la curación.

+A ser instrumentos de vida, de reconciliación, de perdón y de curación.

Acogiendo la compasión de Dios en nuestras vidas y como deudores perdonados, aceptamos morir con los demás y para los demás y nos convertimos así en portadores (símbolos y sacramentos) de compasión y reconciliación.

MINISTERIO EN UN MUNDO ROTO: RECUPERAR LA COMPASIÓN AL “BORDE DEL CAOS”

Este modelo de Iglesia como “espacio de compasión” implica cambios radicales para la naturaleza del sacerdocio y la práctica de los sacramentos.

Si los sacramentos son primariamente instancias formales cuya finalidad es arrastrarnos en la dinámica de la compasión de Dios y el modelo de la Eucaristía es la invitación de Cristo a los pecadores de compartir su mesa y no el perfecto sacrificio al que solo los “justos” pueden acceder plenamente – que fué claramente lo que Jesús denunció – las consecuencias son inmensas. En esta lógica, la única condición para participar plenamente en los sacramentos – y recibir la comunión – es sencillamente sentirse invitado y sentir la necesidad de experimentar la compasión incondicional de Dios. En la misma perspectiva, no hay razón para no admitir a la comunión a los católicos divorciados que viven en segundos matrimonios. Tenemos también que desligar el sacramento de la reconciliación del acceso a la Eucaristía. Los dos sacramentos, cada uno por mérito propio, y de maneras que son complementarias, nos ofrecen experiencias de la compasión y de la reconciliación en Cristo. La condición para acceder a la comunión no es el ser “justo” en “estado de gracia”, ni el de estar en una “situación regular”. La única condición es la de necesitar la compasión de Dios. “He venido a llamar no a los sanos, sino a los enfermos”. Es por medio de la experiencia de la compasión de Dios como nos convertimos en capaces de ser instrumentos de compasión en el mundo. Entrando en la “política de compasión” nos vemos liberados de la ansiedad sobre la salvación y de la obsesión con la pureza y la santidad entendida como separación radical de un mundo pecador e impuro. Podemos también distanciarnos de la obsesión por controlar la “ortodoxia” y la “moralidad” de la gente, sin disminuir nuestra pasión por la verdad y por la búsqueda de fidelidad a la voluntad del Dios que nos ama incondicionalmente.

En este contexto, para reflexionar sobre el ministerio y el sacerdocio, tenemos que distinguir entre el servicio (ministerio) que la comunidad cristiana está enviada a ofrecer al mundo y los servicios (ministerios) que la comunidad cristiana necesita para cultivar las estructuras rituales formales que crean el dinamismo que la comunidad necesita para ejercer su misión. Una distribución formal de responsabilidades es necesaria para asegurar la continua presencia del “evento cristiano” en todas las instancias rituales que dan forma y estructura a la Iglesia. La responsabilidad más central y más necesaria es sin duda la de “representar simbólicamente a Cristo” formalmente en la celebración de los sacramentos. Este es el papel para el cual los sacerdotes son ordenados y autorizados por la Iglesia. En principio, cualquier miembro de la



Iglesia podría ser elegido para esa función y no hay razón por la que ese papel tiene que estar necesariamente ligado a los ministerios de “enseñar” y de “gobierno”. Esta es en este momento la práctica de la Iglesia y lo que se refleja en el Código de Derecho Canónico. Los ministerios de “enseñanza” y de “gobierno” pueden perfectamente ser ejercidos por personas que no están ordenadas para el ministerio sacerdotal, pero que están dotadas de los carismas necesarios para sus ministerios específicos. Tampoco sería necesario que los sacerdotes sean célibes. Ligar el sacerdocio al celibato en realidad se coloca en la lógica de la pureza ritual de los sacrificios del Antiguo Testamento. El celibato es sin duda un carisma importante en la vida de la Iglesia pero no tiene porqué estar ligado al sacerdocio como lo es en el rito latino, una vez que la obsesión con la pureza ritual y la “santidad” (para ser diferente, separado y “extraordinario”) se ha abandonado. Y reconocida la igualdad radical de todos los hijos de Dios, no hay razón por la que las mujeres no puedan ser sacerdotes. Si queremos asegurar la continuidad de los ritos fundamentales de la Iglesia y la centralidad de la compasión debemos ir hacia una difusión de los ministerios entre sacerdotes y laicos y a una diversificación radical del sacerdocio: abrirlo a todos, hombres y mujeres, casados o no, con dedicación plena o a tempo parcial en compatibilidad con otras profesiones.

El modelo clerical actual “formaliza” la vida de los sacerdotes, extendiendo el papel formal de representación simbólica en los sacramentos a todo el resto de sus funciones y de su vida atribuyéndoles poderes de control sobre la vida y el pensamiento de la comunidad. Lo que estoy proponiendo aquí es que los sacerdotes, fuera de la representación de su papel formal, recuperen su dignidad básica de bautizados y como tales, en igualdad total con el resto de la comunidad, participen, con sus talentos personales, a la misión compartida de toda la comunidad de convertir la experiencia de la compasión de Dios en la levadura del mundo. Esta es la misión encomendada a la comunidad cristiana y en la que todos, sacerdotes y laicos, participamos en igualdad radical en un servicio en el que no caben asimetrías de poder. A este nivel nadie debería creerse, ni ser llamado, “padre”, “señor”, ni “maestro”, “porque somos todos hermanos” (usando aquí el lenguaje no inclusivo del texto evangélico). De lo que se trata es de cultivar juntos un espacio de compasión en el borde caótico entre una Iglesia peregrina de pecadores y el mundo fracturado de Dios.

TRABAJADORES CON DIOS Y CON LOS DEMÁS CREYENTES EN UNA TAREA DE “JARDINERÍA HUMANA”

El reto al que tenemos que responder hoy es el de simpatizar con el sufrimiento del mundo para abrazarlo y llevarle la compasión de Dios. Lo hacemos porque hemos escuchado a nuestro Dios diciendo a Moisés: “He oído el llanto de mi pueblo y quiero que vayas a ellos”. Tenemos que abandonar nuestra actual obsesión por controlar la vida de la gente y reorganizar su existencia para conseguir un mundo puro y perfecto. Esto nos lleva a peligrosas distopías y al abuso del poder. Lo que tenemos que hacer es aprender de los jardineros: para que un jardín florezca hay que meter estiércol y ensuciarse las manos. Conscientes de nuestra propia ambigüedad, nos adentramos en la ambigüedad de todos en el mundo con una preocupación fundamental: estar CON todos para hacerles presente, en palabra y vida, la Buena Noticia de un Dios que nos quiere decir: “Se que eres un desastre, pero te quiero”. Para vivir en la lógica de la compasión, todos nosotros, hombres y mujeres, tenemos que abandonar la preocupación machista por el poder, el orden y el control, para recuperar las cualidades femeninas de respeto, escucha, tolerancia y compasión que permiten a las mujeres en el mundo aguantar con alegría la suciedad de sus niños. Sólo de esta manera seremos agentes de liberación y de esperanza en un mundo sufriente, imperfecto, insensato y roto.



Nuestra llamada es a colaborar CON Dios y CON todos (siendo “syn-ergoumenoi” en palabra de S. Pablo) en recoger con cariño los trozos de un mundo roto, recosiéndolos con “puntos de cruz” para ir cultivando comunidad y recuperando así la misteriosa y maravillosa imagen del Dios Trinitario que ama sin condiciones el mundo desastroso que el creó. Y lo creó así para poder demostrar verdaderamente lo que es: misericordioso y compasivo. No tenemos que ir al mundo para condenarlo y reorganizarlo, sino para respetarlo y abrazarlo con toda la compasión del Espíritu de Dios, que es el amor entre el Padre y el Hijo.

(Footnotes)

1 Esta palabra esta utilizada aqui en su sentido etimológico de “poner juntos” que se conecta a los temas de curación y reconciliación como se verá más tarde

2 La metáfora del “espacio de transición” la debo a D.W.Winicot, un psicólogo infantil que ha estudiado cómo los niños descubren el sentido de su mundo externo creando y jugando en “espacios de transición” imaginarios. Los niños usan su imaginación para transformar su vida y dar forma a su existencia.

3 Con esta palabra, “arrastre”, he traducido la noción inglesa de “entrainment” que literalmente significa “entrenamiento”, palabra que en castellano tiene un significado totalmente diverso al que se implica en ingles.

4 Creo que ésto es a lo que referían las reflexiones de los Padres de la Iglesia con las nociones de “perichoresis” y “circumsessio”

